LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 21 DE FEBRERO DE 1887 — NUM. 269

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL LIBRO DE AGUINALDO, cuadro de H. Lindenschmit

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—Desde Roma*, por don A. Fernández Merino.—*El fuego* (conclusión), arreglo de un cuento de Hoffmann.—*Historia de un hombre contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González.—*Las fábricas de relojería americanas*, por C. Saunier.

GRABADOS.—*El libro de aguinaldo*, cuadro de H. Lindenschmit.—*¡Qué hermosos ojos! ¡Qué bien pintados están!* cuadro de Federico Gerhke.—*El pimpollo del taller y la reina del salón*, dibujos de Llovera.—*La religiosa*, cuadro de F. Volaperta.—*Fachada de la fábrica de relojes de Waltham, en los Estados Unidos.—Taller de recortes de piezas.—Taller de minuteros.—Taller de construcción de cajas de reloj.—Suplemento artístico: Vistas de Brunswick y sus alrededores.*

NUESTROS GRABADOS

EL LIBRO DE AGUINALDO, cuadro de H. Lindenschmit

Gran día, ó mejor dicho, gran noche es para los niños aquella que precede á la repartición de los aguinaldos. Su temprana imaginación forma toda suerte de ilusiones tocantes á la mayor ó menor largueza de aquellos seres fantásticos que han de premiar á los niños según su comportamiento. ¡Oh! ¡Cuántos arrepentimientos, cuántos actos de contrición tienen lugar en la noche del 5 al 6 de enero! ¡Con cuánto temor se encaminan los niños al balcón que deben haber escalado los Reyes Magos! ¡Con qué temblor tienden la mano al pañuelo que cubre la cestita ó los botitos del peticionario! Pero en cambio, ¡cuánta y cuán ingenua alegría, cuando los cinco sentidos del agraciado se convencen de que los Reyes, siempre magnánimos, han olvidado las travesuras hechas durante doce meses y han premiado rumbosamente la aplicación y los actos meritorios practicados en igualdad de tiempo! Si los niños discutieran de política el día de Reyes, no habían de dejar republicano para contarlo.

Una escena subsiguiente á la visita de los Magos representa nuestro cuadro, y la representa con una inteligencia y un candor dignos de todo elogio. El artista ha hecho un buen estudio de los personajes, según su edad, temperamento y malicia, y en conjunto ha producido su lienzo embelesador, sobre todo para aquel que tiene hijos y aspira con fruición el perfume de estas poéticas escenas de familia.

¡Qué hermosos ojos! ¡Qué bien pintados están! cuadro de Federico Gehrke

El extraño título de este cuadro, ¿debe aplicarse al retrato expuesto ó á la dama vestida de negro que visita la exposición? En este último caso, que es á nuestro entender el más probable, aquel título es un epígrama y el cuadro una sátira muy justificada de esas mujeres que afean sus gracias naturales ó hacen resaltar más y más su fealdad, con el empleo de afeites y menjurjes que á nadie engañan. Si tal ha sido la intención del autor, no diremos que la forma no sea ingeniosa, pero opinamos que la pintura no es el medio más á propósito para criticar en serio hasta las prácticas más criticables. La caricatura es el único género pictórico utilizable en ciertos casos; y aun en estos es muy difícil evitar indiscreciones en que no debe incurrir el verdadero artista.

EL PIMPOLLO DEL TALLER Y LA REINA DEL SALÓN dibujos de Llovera

Tienen estas dos composiciones la lozanía, la elegancia, la belleza, que hacen tan simpáticas las obras todas de su autor. Dentro de estas circunstancias comunes á los dos tipos, existen entre uno y otro las diferencias naturales de su respectivo estado. La hija del pueblo es hermosa sin duda alguna; pero hay en su semblante cierta sombra de tristeza, cierta carencia de fe en sí misma, que permiten adivinar las luchas que interiormente sostiene. Está convencida de su belleza, y la coquetería, propia de su edad, tiene algo de provocativo, como si temiera pasar desapercibida de los transeuntes. La violeta del bosque se resigna con su suerte; pero el alma de las mujeres es muy distinta del alma de las flores, en el supuesto de que las flores de verdad tuvieran alma como las de los apólogos de Selgas.

Por el contrario, la reina del salón está segura de su poder: esto la hace feliz y su felicidad irradia en su semblante. Su mirada es hipócritamente lánguida; bien convencida se encuentra del imperio que ejerce; sus labios sonríen porque su pecho no puede contener la satisfacción que la inunda; es una verdadera soberana que con sólo abrir ó cerrar los ojos promueve ó aplaca las tempestades, digo, las revoluciones.

Ambos dibujos representan con acierto los tipos en que se ha inspirado su autor.

LA RELIGIOSA, cuadro de F. Volaperta

Leyendo en su horario la ha sorprendido, no el sueño, sino un dulcísimo éxtasis. Ha cerrado los ojos para mejor emanciparse del mundo y ha abierto los del alma á toda suerte de místicas contemplaciones. Lo que *ve* en su delicioso estado podría explicárnoslo quien sintiera y viera como Santa Teresa vió y sintió. El autor del cuadro ha hecho cuanto podía y debía, produciendo un tipo de religiosa de semblante dulce, sereno, hermoso; no tan hermoso empero, como su alma. Esos tipos únicamente pueden amar á Dios, si el amor no ha de darles la muerte.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VISTAS DE BRUNSWICK Y SUS ALREDEDORES

La ciudad de Brunswick está admirablemente situada á orillas del río Olker, y encierra muchos y bellos edificios, que atestiguan una residencia de soberanos. Sus alrededores son preciosos; como la mayor parte de este pequeño estado.

El ducado de Brunswick, de que es capital la ciudad de su nombre, forma parte integrante de la Confederación germánica. Sus habitantes pertenecen á la raza alemana de los sajones y tienen grande apego á sus antiguas costumbres. Así es que el aspecto de la población ha cambiado muy poco, aun en el trascurso de los dos últimos siglos. Los extranjeros que la visitan pueden hacerse la ilusión de que han nacido doscientos años antes de la fecha consignada en su fe de pila.

DESDE ROMA

AYER Y HOY

Hace más de un año, se conmovió toda Europa al escuchar que Roma perdía diariamente lo más esencial de su carácter; que pasado poco tiempo, dejaría de ser el eterno museo que pone en comunicación el mundo moderno con aquel mundo de que debíamos tener malos recuerdos y que sin embargo nos enorgullece. Tales cosas decían arqueólogos tan distinguidos como Mommsen, Gregorovius y Grimm, que algunos pensaron se repetían ahora hechos de pasados tiempos en que príncipes romanos, arruinaban los más preciados monumentos antiguos, para con sus materiales levantar suntuosos palacios que acreditaran la grandeza de sobrinos de pontífices.

Afortunadamente estas no pasaban de ser exageraciones; lo que queda de la grandiosa Roma se conserva; lo que atestigua el poderío de la República, lo que prueba el exceso de riqueza del Imperio y las exageraciones de los Césares, se cuida con verdadero interés, con especial cariño. Lo que cambia aquí como en todas partes, es el aspecto de la ciudad medioeval; poco á poco van desapareciendo las estrechas y sucias calles faltas de condiciones higiénicas; aquellas antiguas casas que parecían antros, dejan el sitio á edificios bellos y bien acondicionados; los tendajos miserables donde apenas se veía, se sustituyen con almacenes lujosos que nunca pueden inspirar repugnancia; en una palabra; Roma cambia en lo que debe cambiar, se moderniza en la parte que no debe ser antigua: matrona bien educada, conserva las joyas que le legaron sus antepasados, se pule y asea para ostentarlas mejor, sabiendo que así será más grande el número de sus admiradores.

Como todo en este mundo se encuentra perfectamente relacionado, modificándose la ciudad, se modifica la vida de sus moradores, á la antigua apatía sucede actividad propia de nuestro siglo, las interminables siestas que á todos hacían parecer ricos prebendados, se han acortado, la sopa boba falta, el trabajo regenerador de todo abunda y todo brilla aquí, todo se agita. Roma, en lo general, es hoy una gran ciudad moderna; los antiguos usos y costumbres se van perdiendo, porque no pueden ejercitarse en atmósfera impropia para ello y esto como todo tiene su lado bueno, sin que le falte el malo y las ventajas de estos cambios y modificaciones, justo es decirlo, más han perjudicado que favorecido á la vida artística

Al decir vida artística, no entendemos la particular que cada pintor ó escultor tenga como hombre, que será ni más ni menos como la de los demás que no cultivan las bellas artes; entendemos decir la vida de la colectividad, elemento de animación y alegría en pasados tiempos, que desgraciadamente se va perdiendo en el nuestro. Ser artista parece llevar consigo algo risueño que lo embellezca todo, que distraiga y anime al mismo tiempo, que pruebe las influencias del sentimiento bello, que convenza de la riqueza de la fantasía que ilumina y seduce. Rafael, como artista, aparece siempre más simpático que Miguel Angel, sin que á éste se le pueda negar mayor grandeza: aquél, alegre siempre, rodeado de amigos, gustando los placeres y muriendo en ellos, tiene mayores encantos que el colosal pintor de la Sixtina, que da lugar con sus genialidades á que de una puñada le desfiguraran las narices y que se hacía temer desde lo alto de sus andamios, Olimpo desde el cual, no pudiendo despedir rayos, arrojaba vigas.

El artista de nuestros días ha entrado casi por completo en la vida moderna, ha procurado y procura armonizarse con ella y esto puede probarse comparando sus fiestas de antes y las de ahora. *La Carchofolata* y *la Cervara*, los certámenes de disfraces y los bailes del Círculo internacional.

El pueblo más perseguido y vilipendiado de la historia, el que habiendo perdido su patria no ha podido ni reconquistarla ni rehacerla; aquel pueblo que, sordo á la voz de sus profetas, ha sido insensible á los castigos é indiferente á las vejaciones y se conserva tal como fué, augurando que siempre será así, tuvo también su rincón en la Roma de los papas, y como se cuenta que allá en las playas africanas viven familias que como sagrado legado recibido, se trasmiten de generación en generación las llaves de la casa que remotos abuelos suyos habitaron en el Albaicín ó en la Alcazaba, convencidos de que ha de llegar un día en que nuevamente las posean, posible es también que entre las familias hebreas, se conserven recuerdos traídos de la destrozada Judea por algún jerosolimitano de los que maniatados seguían el carro triunfante de aquel á quien con horror oirían llamar Delicias del género humano. Desde aquella época poblaron un barrio que no han abandonado; allí, en revuelto montón, habitan sucios, casi asquerosos, comerciando con todo, acaparando riquezas que sepultar sin pararse en medios, sin evitar escollos, todo lo cual hace que el judío resulte un tipo hipócrita, sufrido por conveniencia, pero despiadado y terrible cuando halla ocasión para ello.

Poco se sabe de la cocina hebrea, mas en vista de los que pueden hacerla, debe ser poco apetitosa: puede, sin embargo, establecerse una excepción en favor de las alcachofas preparadas de una manera tal, que hicieron históricas las *Carchofolatas;* verdad que en ellas lo de ir á comer la sabrosa legumbre, era más un pretexto que verdadero apetito: para el día señalado reuníanse los artistas y, precedidos de guitarras y mandolinas, formaban alegre y bulliciosa comitiva en la que campeaban hombres que en su vida artística habían conseguido valiosos laureles, á fuerza de mostrar su genio; para Roma era una diversión, un motivo de alegría, aquel paseo de los artistas á través de sus mejores calles; á la luz de humosas antorchas desfilaba lo más florido de una juventud ávida de placeres en medio del cansancio del trabajo y, cuando la noche cerraba, con su música y algazara se encaminaban al Gheto, al lugar por que habitualmente se siente repugnancia; aquellas estrechas y tortuosas calles se animaban con los sones de dulces instrumentos, al que hacían coro las voces juveniles; por una noche los viejos hebreos dormían dos horas menos pensando desquitarse, y quién sabe si las jóvenes judías de aguileña nariz, negros ojos y tez mate, dormirían menos en las noches sucesivas pensando gustosas en algo que vieron al trasnochar por fuerza, cuando la Carchofolata.

El Gheto, que se ha mantenido tanto tiempo, aquel barrio por que han pasado tantas vicisitudes, va cambiando de aspecto poco á poco: su conformación particular y la índole de los que allí habitaban, daban lugar á que pudiera ser considerado con justa razón como un peligro para la salud pública, y ésta interesa hoy infinitamente más que parecía interesar en los pasados tiempos. Cuando pasen algunos años, en el emplazamiento del antiguo barrio se alzarán edificios que no dirán nada á la historia; las torres mochas, testimonios de antiguos medios de defensa que aun se conservan, irrecusable prueba de la soberbia de barones de la Edad media, dejarán su puesto á casas de común apariencia donde se aglomerarán los vecinos como se aglomeran ahora en los tugurios que habitan, y nuestros artistas al discurrir por aquellas calles, á donde sólo podrá llevarlos la curiosidad, recordarán con pena los alegres ratos pasados en las que allí fueron oscuras, sucias y ahumadas *trattorias*, que entre el estruendo de los cánticos y amistosas conversaciones, los gratos recuerdos y las doradas esperanzas, aparecen como encantados palacios de los que forjaron los exaltados autores de libros de caballería.

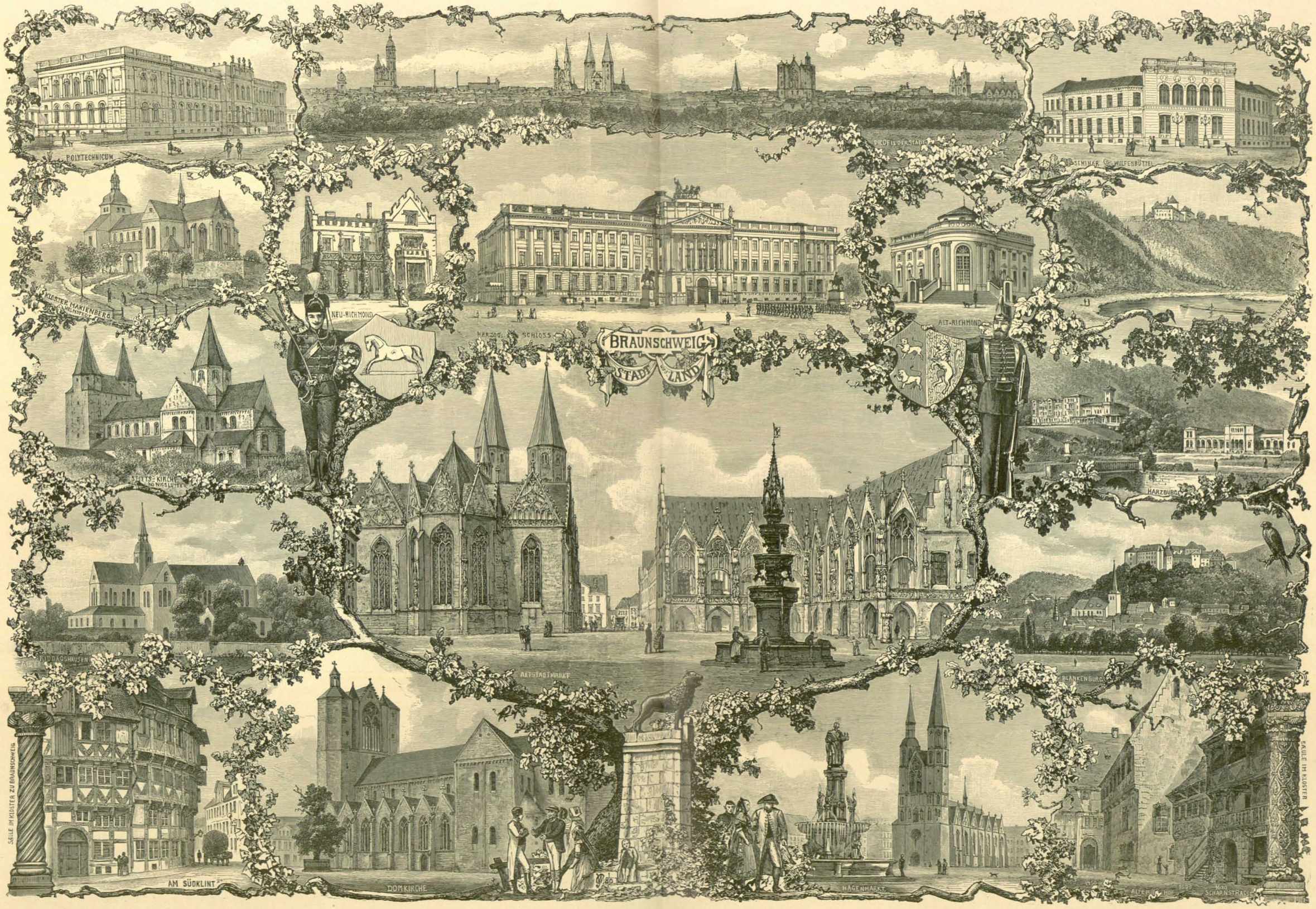
Ni menos clásica ni menos reputada era la histórica Cervara: los llanos en que tan celebrada fiesta tenía lugar y que tan animados estaban en ciertos días del año, permanecen ahora mudos y silenciosos: van pasando las antiguas aficiones y es una verdadera lástima, pues el espíritu artístico lucía más en aquélla que en las que las han suplantado. El día en que se celebraba la Cervara era de fiesta para Roma, y en verdad que merecía serlo: los artistas ponían á contribución su ingenio, y todos, afanándose por sobresalir, contribuían á la constitución de un alegrísimo día de carnaval, que sólo tenía parecido con los de locura que preceden á la cuaresma en los disfraces. Por lo demás, las diferencias eran enormes, hasta el punto que nada, absolutamente nada tenía que ver el carnaval de los artistas, con el carnaval popular que en todas partes se asemeja.

La Cervara era puramente una fiesta de artistas: en ella todos se conocían, todos eran amigos, nadie se tapaba la cara y cada uno procuraba ser un motivo de alegría por lo raro de su disfraz ó por lo curioso de la mascarada de que formaba parte. Los objetos de los estudios, vistosísimos en general y muchos de ellos de gran precio, salían al aire en aquel día, y para el público no podía menos que ser un motivo de regocijo la vuelta de aquella jira campestre que los artistas se habían permitido: la multitud agolpada en los sitios adyacentes á Porta Maggiore, veía desfilar en completa confusión, gendarmes y soldados del imperio, toreros españoles y cosacos rusos, airosas majas y chulas madrileñas de estaturas colosales, juntas con Preciosas ridículas y damas del directorio demasiado fornidas, guerreros de otros tiempos y soldados derrotados, cabalgatas caprichosísimas, escenas de países remotos, cuanto puede ser motivo de alegría y contento. Esta fiesta, como decimos, ha desaparecido también; en vano el público se pregunta por qué, nadie contesta y pasan los años, y aquella alegre romería no se repite, con grandísimo sentimiento de todos.

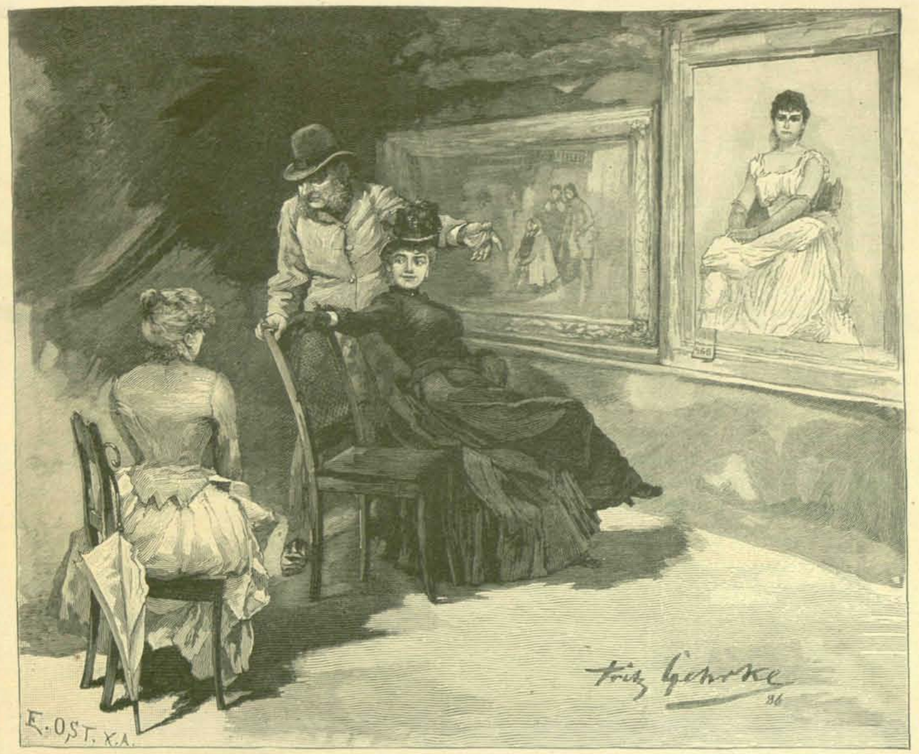
En las dos fiestas, de que dejamos hecha mención, los artistas españoles descollaron siempre, y al hacer esta declaración no nos mueve el amor patrio ni particulares amistades. La nuestra es la clásica tierra de la guitarra, á sus sones se canta y se llora, y las alegrías y tristezas propias de nuestras regiones, llaman siempre la atención: de nuestros aires populares dijo Rossini eran los de mayor subjetivismo que había oído, y en todas partes hemos podido comprobar verdad tan grande: en la Cervara el buen humor de los españoles fué proverbial siempre, nuestros compatriotas los más animados y bulliciosos, y hasta sus exageraciones han quedado en la mente de todos.

De algún tiempo á esta parte parece como que los artistas se han aristocratizado; han perdido sus aficiones por las fiestas campestres; el amor al aire libre lo dejan como medio para sus estudios, en este ambiente no quieren lucir ya más que sus facultades como pintores, lo demás quieren realizarlo en las intimidades del Círculo internacional y sus fiestas en el fondo van quedando reducidas á la categoría de las particulares que se celebran en las casas donde puede disponerse de un salón algo espacioso; esto es, un baile en que las señoras llevan vestidos en cuyas colas emplearon la tela economizada en el cuerpo y al cual van los hombres con frac, la prenda más ridícula y antiartística que pudo inventarse.

Nótese sin embargo, que hemos dicho en el fondo; en la forma queda aún mucho que revela el sentimiento artístico de los inspiradores de estas fiestas. El círculo en que los artistas dan estos bailes, á que toda la buena sociedad romana se empeña en asistir, es ciertamente el mismo, mas sus adornos cambian todos los años. En el presente tenemos la seguridad de que lo más digno de llamar la atención será aquello que más hace recordar á España, que lo más notable será lo que nos hace pensar constantemente en nuestra patria. Uno de los lados del salón grande lo ocupa una casa suiza, simulada con arte, y en el saloncito del fondo donde se hallaba establecida la clase de acuarela, por arte y gracias al trabajo de artistas



VISTAS DE BRUNSWICH Y DE SUS ALREDEDORES



¡QUÉ OJOS TAN HERMOSOS! ¡QUÉ BIEN PINTADOS ESTÁN!

españoles, quedará trasformado en patio de elegante casa sevillana; Villegas, el artista ameritado, que para nada blasona de maestro y á todos llama compañeros, Mariano Benlliure, Romea, Echena y una porción más de nuestros compatriotas, hace días que no descansan y dentro de aquella pieza no puede menos que ensancharse el corazón de todo español.

La denominación de patio sevillano, tal vez no sea del todo propia: aquello más que un patio casero de la moderna joya del Betis, es lugar de solaz y esparcimiento de una antigua casa morisca, hecha con cuanta lógica puede apetecerse; esto es, nada de lujo exterior, nada de encantos que sirvan únicamente á quien no los paga, sino por el contrario todo concentrado en el interior, todo en abierta oposición con el espíritu que preside á las construcciones modernas. Alrededor de los muros, ancho friso de azulejos, para cuya pintura sirvieron de modelos algunos de los que forman la rica colección de D. F. Benlliure; sobre ello, en simétrica faja, imitaciones de las alabanzas á Dios y á su profeta, que forman las inscripciones del Alcázar de Sevilla, de la Alhambra de Granada y de la Alhama de Córdoba, combinadas de modo que cada cual tenga allí representación de su tan ornamental tipo cúfico. Los huecos de puertas que no sirven, convertidos en ventanas de vistosas celosías y acicaladas rejas, que forman con lo demás un agradabilísimo conjunto, y para que nada falte, en un ángulo bien dispuesto, la apetecida noche del baile, se expenderá la ligera manzanilla y el cálido jerez, pero esto como espiritualmente nos decía un compatriota, no pintado, sino de veras y que se pagará de veras.

Lejos de nuestro ánimo censurar estos cambios, pero déjesenos lamentar el que se hayan verificado de una manera tan absoluta y violenta; creemos que ambas cosas eran posibles, porque la una no excluye la otra.

Hasta aquí han llegado voces de que la Exposición de Bellas Artes que debía celebrarse en Madrid el mes de abril próximo, tendrá que aplazarse hasta setiembre, por no estar terminado aún el local para ella. No pocos artistas se alegrarán de esta dilación, que pone ante ellos un espacio de tiempo tal vez mayor que el empleado en la ejecución del cuadro que pensaban enviar: nosotros nos alegramos con ellos, pues así estudiarán mejor y terminarán sus obras á conciencia, cosa necesaria á buen número de ellos. Otros, por el contrario, sentirán tener que esperar cinco meses más, para saber el fallo que debe merecer la obra que acarician desde hace tanto tiempo.

Veremos al fin quién podrá quedar tranquilo, en la alegría del más largo plazo que se le concede, y quién triste al diferir más y más la realización de sus vehementes deseos.

A. FERNÁNDEZ MERINO

EL JUEGO

ARREGLO DE UN CUENTO DE HOFFMANN

(Conclusión)

Hasta entonces no había amado el caballero Menárs; pero en cuanto vió á Angela se sintió subyugado á la vez por la pasión más violenta y por un dolor sin esperanza, como el dolor de los réprobos, pues ni se atrevía á concebir la menor esperanza cuando él mismo se comparaba con aquella niña sin mancha, con aquella joven purísima, bellísima, encantadora.

Quiso hablar y no pudo proferir una palabra: tenía la lengua pegada al paladar. Hasta que haciendo un gran esfuerzo, pudo balbucear con voz trémula, extinta y como avergonzada:

– Escuchad, señor Vertua... yo no os he ganado nada... nada. Aquí está mi caja.. tomadla... vuestra es... y todavía os debo más... tomad, tomad.

– ¡Oh Angela! ¡hija mía! – exclamó Vertua.

Angela se levantó de repente, se dirigió al caballero y, mirándolo de arriba abajo con altiva dignidad, le dijo:

– Sabed que hay algo que vale más que el dinero de la fortuna, y es el tesoro de los sentimientos que os son extraños y á nosotros nos animan y consuelan. Yo rechazo con desprecio vuestro donativo y vuestra generosidad: guardad, pues, ese oro que arrastra la maldición que os persigue, hombre sin alma, jugador desenfrenado.

– Sí, – exclamó el caballero desesperado, – quiero ser maldito y hundirme en las profundidades del infierno, si esta mano vuelve á tocar jamás una carta; y si me repeléis sin compasión, vos seréis quien me perdáis para siempre. ¡Oh! no me comprendéis; me miráis como un insensato; pero lo reconoceréis todo y todo lo sabréis cuando venga á levantarme la tapa de los sesos á vuestros pies. Angela, en esto va la vida ó la muerte. Adiós.

Y el caballero Menárs se precipitó fuera del aposento con todas las apariencias de la desesperación.

Vertua adivinaba la situación de aquel hombre; recordaba lo que á él mismo le había sucedido y procuró hacer comprender á Angela que podía haber circunstancias que lo obligaran á aceptar el donativo del caballero.

Angela se estremeció á esta idea; no podía imaginar siquiera que nunca pudiera mirar sino con desprecio á aquel hombre.

Pero la suerte que cambia los pensamientos humanos, trajo un resultado imprevisto.

El caballero Menárs se halló de pronto como si despertara de un sueño espantoso: se vió al borde del abismo y tendió los brazos hacia la luz celestial que se le había aparecido.

VI

Con gran sorpresa de todo París, desapareció la banca del caballero Menárs. Él mismo dejó de presentarse en público y este suceso dió origen á los más extraños y fabulosos rumores.

Menárs huía de toda reunión y revelaba en todo la más profunda tristeza.

Un día el viejo Vertua, acompañado de su hija, se lo encontró en una avenida de Malmaisón.

Angela, que pensaba que nunca podría mirarlo sino con horror y desprecio, se sintió vivamente conmovida viéndolo ahora delante de sus ojos, pálido como la muerte, desencajado, trémulo y sin atreverse á levantar la vista.

Sabía ya la joven que desde la siniestra noche en que lo había visto por la primera vez, había cambiado completamente de vida. Sólo ella había obrado este cambio; sólo ella había arrancado al empedernido jugador á sus funestas propensiones. ¿Era menester más para lisonjear la vanidad de una mujer?

Luego que Vertua hubo cambiado con Menárs algunas palabras de cortesía, díjole Angela con voz dulce y benévola:

– ¿Qué tenéis, caballero Menárs? Parece que estáis enfermo y deberíais cuidaros.

Estas dulces palabras penetraron como un rayo de esperanza en el corazón de Menárs, el cual levantó la cabeza y volvió á encontrar en su emoción el lenguaje seductor con que en otro tiempo ganaba los corazones.

Vertua le recordó que debía ir á tomar posesión de su casa.

– Sí, señor Vertua, – contestó Menárs, – mañana mismo iré á vuestra casa; pero no tengáis prisa en acabar y permitid que hagamos con cuidado nuestras convenciones, siquiera duren muchos meses.

– En hora buena, – repuso Vertua, – con tiempo podremos hablar de muchas cosas, en las cuales no es permitido pensar todavía.

Reanimado por la esperanza, recobró el caballero Menárs la amabilidad natural que había perdido en el torbellino de su vida de jugador. Sus visitas á casa del viejo Vertua se hicieron más y más frecuentes, y Angela se mostró dispuesta más y más á escuchar al que la llamaba su ángel salvador.

En fin, llegó á creer que lo amaba verdaderamente y le prometió su mano á gusto y contentamiento del padre, que recobraba así la fortuna que había perdido.

Angela, la dichosa prometida del caballero Menárs, estaba un día sentada á su ventana y absorta en los dulces sueños de la nueva existencia que se abría á sus ojos, cuando veis aquí que un regimiento de cazadores, que partía para España, pasó por la calle al bélico son de las trompetas.

La bondadosa Angela miró con interés aquellos hombres, destinados acaso á perecer en aquella cruel guerra.

Un joven oficial sacó bruscamente su caballo á un lado y dirigió la vista á Angela, la cual cayó desmayada.

Este hombre, que iba al encuentro de la muerte, era hijo de un vecino suyo, llamado Duvernet, el cual se había criado con Angela, iba á verla todos los días y sólo cortó sus visitas cuando el caballero Menárs comenzó las suyas.

En la triste mirada del joven hubo de conocer Angela no solo cuánto él la amaba, sino también cuánto lo amaba ella misma sin saberlo, dejándose cegar y seducir por el prestigio del talento y del escogido lenguaje de Menárs.

Entonces comprendió por la primera vez los hondos suspiros del joven oficial, su adoración modesta y silenciosa; entonces supo, en fin, por qué se sentía tan vivamente conmovida y turbada cuando Duvernet iba á verla y cuando oía su voz.

– Ya es demasiado tarde, – se decía, – ya es perdido para mí.

Con esto, tuvo el valor de combatir el sentimiento que la torturaba y de recobrar la apariencia de la tranquilidad.

Con todo eso, la perspicaz mirada de Menárs hubo de entrever la agitación de la joven; sino que tuvo la delicadeza de no querer penetrar un secreto que se creía ella en el deber de ocultar; y se limitó á apresurar su enlace, cuyos preparativos hizo con tal liberalidad y tanto gusto que no podían menos de lisonjear á su amada.

Menárs dió pruebas á Angela del más delicado amor, de la más sincera estimación, de la mayor solicitud en satisfacer todos sus gustos y deseos.

Poco á poco hubo de pensar menos en Duvernet, cual cumplía á una mujer honrada.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

EL PIMPOLLO DEL TALLER, dibujo de Llovera

LA REINA DEL SALÓN, dibujo de Llovera

La primera nube que vino á oscurecer la vida pacífica y feliz de los esposos, fué la enfermedad y muerte del viejo Vertua.

Desde la infausta noche en que perdiera toda su hacienda en la banca de Menárs, no había vuelto á tentar una carta; pero en los últimos momentos de su vida, la pasión del juego volvió al parecer á tomar posesión de su alma. Mientras el sacerdote le ayudaba á bien morir, ofreciéndole los consuelos de la religión, el moribundo, con los ojos cerrados, decía entre dientes: «Juego... Soy sota... saltó y vino... el rey. ¡Maldito rey! ¡He perdido!»

En vano Angela y su marido, inclinados sobre él, pronunciaban los nombres más dulces y tiernos.

El moribundo había cesado de ver, de oir.

Muy luego dió un prolongado suspiro y murió balbuceando:

–¡La sota!... He ganado.

En su profundo dolor sentía ó presentía Angela un terror secreto, recordando las últimas emociones del anciano. Representóse aquella triste y pavorosa noche en que se presentó Menárs con la inflexibilidad brutal del jugador empedernido, y tembló, tembló con miedo de toda su alma, no fuera que algún día arrojara su máscara de ángel para volver á sus antiguos hábitos y á su aspecto infernal.

No eran sino muy fundados tan funestos presentimientos.

Por mucho que hubiera sido el terror de Menárs viendo al viejo Vertua rechazar en sus últimos momentos las piadosas palabras de la Iglesia para pensar en su funesta pasión, sintióse muy luego más seducido que nunca por la misma indigna pasión, y todas las noches soñaba que seguía tallando en su banca y atesorando riquezas.

La religiosa, cuadro de F. Volaperta

Al mismo tiempo que Angela, contristada por los antiguos extravíos de Menárs, iba perdiendo poco á poco la confianza que le había probado en otro tiempo, sentía él por su parte negras sospechas y atribuía la reserva de su esposa al secreto que le había ocultado. Esta desconfianza recíproca engendró por una y otra parte cierto malestar y descontento que se revelaron en palabras desagradables, que hubieron de ofender á Angela.

Entonces sintió ésta renacer en su corazón la imagen del infeliz Duvernet, y todos los pensamientos y recuerdos, cuyo encanto había conocido en su juventud.

Siendo mayor cada día el desacuerdo de los esposos, llegó á encontrar Menárs tan pesada y fatigosa su vida, que convirtió sus ojos y sus deseos al mundo de que se había alejado.

Un hombre acabó de dar impulso á sus mal nacidos anhelos. Este fué uno de sus camaradas de banca que sin cesar ridiculizaba la oscura existencia de Menárs y la resignación con que había abandonado por una mujer el mundo más brillante.

Algún tiempo después la banca de Menárs reapareció más deslumbradora que antes, como quiera que la loca fortuna no se había cansado aún de mimar á su favorito.

Diariamente contaba nuevas víctimas y amontonaba nuevas riquezas. Pero la felicidad de Angela había pasado como un rápido sueño. Menárs la trataba con fría indiferencia; á veces también con desprecio.

Muy á menudo pasaba la pobre semanas y aun meses enteros sin verlo. Un antiguo mayordomo se cuidaba de los intereses de la casa; los criados cambiaban al capricho de su marido, y Angela, forastera en su propia casa, no encontraba ya consuelo en sus tristezas.

Con no poca frecuencia, en sus noches de insomnio, oía el carruaje de su esposo parar á la puerta de su casa y el metálico son de la pesada caja llena de oro, que se depositaba en la habitación de aquél. Oía también á su marido pronunciar rudamente algunos monosílabos y encerrarse luego en su aposento.

Entonces un torrente de lágrimas inundaba las pálidas y descoloridas mejillas de la pobre mujer menospreciada, pronunciaba con angustioso anhelo el nombre de Duvernet y rogaba á la Providencia de Dios que pusiera fin á sus dolores.

Una noche, un joven de buena familia, que había perdido toda su fortuna al juego, se pegó un pistoletazo en la misma sala en que Menárs estaba tallando. La sangre y hasta los sesos de la víctima saltaron sobre los jugadores, que se alejaron con espanto. Sólo Menárs conservó su impasibilidad, y preguntó con mucho sosiego si era uso abandonar la banca antes de la hora ordinaria por un loco que no sabía conducirse en el juego.

Este suicidio produjo gran sensación; los jugadores más determinados se sintieron indignados ante la conducta del banquero; todo el mundo se sublevó contra él. La policía prohibió su banca; se le acusó de jugar con cartas vistas, y su escandalosa suerte hacía verosímil semejante acusación.

Menárs no pudo justificarse y la considerable multa que se le impuso importó gran parte de su fortuna. Con esto, vióse injuriado, despreciado, escupido, y tuvo entonces que refugiarse en los brazos de su mujer, á quien había tenido tan pocos miramientos; pero que más noble y generosa que él, aceptó su arrepentimiento y creyó en su enmienda y regeneración.

Menárs abandonó á París con ella y se trasladó á Génova, ciudad natal de su esposa.

Allí vivió algún tiempo bastante retirado. Pero en vano procuró gozar el reposo doméstico, la serena paz del matrimonio que le ofrecía el ángel de su hogar. Su pasión maldita, mal cubierta de ceniza como el rescoldo, se reavivó al primer soplo y enardeció su corazón dándole otra vez la infernal fiebre del oro.

Pero su mala reputación de tramposo lo había seguido de París á Génova, y no se atrevió á poner banca por mucho que lo tentara su deseo.

Por aquel tiempo, un coronel francés, obligado por sus heridas á retirarse del servicio, tenía la más rica banca de Génova. Impelido por un sentimiento de odio y de envidia, el caballero Menárs acudió á esta banca con la esperanza secreta de arruinar á su rival, contando siempre con su fortuna en el juego.

El coronel lo recibió con una alegría que no le era habitual y aseguró que el juego iba á tomar nuevo interés, toda vez que el caballero Menárs se presentaba en él guiado, como siempre, por su buena estrella.

En efecto, en las primeras tallas ganó Menárs, según costumbre; pero cuando con demasiada confianza con su invariable suerte dobló una carta, diciendo: «¡Copo!» entonces perdió de una vez una cantidad considerable.

El coronel banquero, que de ordinario parecía indiferente á la ganancia y á la pérdida, recogió ahora el oro de Menárs con todas las muestras de la más viva alegría.

Desde aquel momento la loca fortuna abandonó completamente al esposo de Angela. El, sin embargo, jugaba todas las noches, pero todas las noches perdía, hasta que al fin se vió reducido á la suma de 2,000 ducados en papel por todo capital.

Todo el día hubo de correr de aquí para allá para convertir este papel en dinero contante, y con esto no pudo volver á su casa hasta bien entrada la noche. A la hora del juego se metió en el bolsillo sus monedas de oro, y se disponía á salir, cuando Angela, que presintió sin duda su desgracia, se le puso delante, se arrodilló á sus pies y le rogó por la Virgen y los santos que no la hundiera en la miseria.

Menárs la levantó, la estrechó dulcemente en su seno y le dijo con voz sombría:

–Angela, mi amada Angela, no puedo obrar de otra manera, es preciso que ceda á la misteriosa influencia que me subyuga á mi pesar. Pero mañana... mañana todas las inquietudes habrán cesado, pues te lo juro por esa Providencia divina que vela por nosotros, juego hoy por la última vez. Tranquilízate, pues, Angela amada, duerme sin ningún temor y sueña una vida de delicias: esto me dará buena fortuna.

Y diciendo estas palabras besó á su mujer y salió corriendo en dirección de la banca.

A las dos tallas lo había perdido todo Menárs, y se quedó inmóvil al lado del coronel, con los ojos fijos en el tapete en una especie de aniquilamiento.

–¿No apuntáis más, caballero? – le preguntó el coronel peinando las cartas para una nueva talla.

–Lo he perdido todo, – contestó Menárs procurando afectar serenidad.

–¿No tenéis ya nada? – preguntó otra vez el coronel á la segunda talla.

–Nada... soy un mendigo, – contestó Menárs con voz trémula de cólera, y con la mirada siempre fija en el tapete, sin notar que los puntos comenzaban á desquitarse contra el banquero.

El coronel continuó tranquilamente su partida.

–Tenéis una mujer muy bonita, – le dijo en voz baja al arruinado Menárs, sin mirarlo y peinando de nuevo las cartas.

–¿Qué queréis decir? – preguntó el otro con cólera.

El coronel hizo su talla sin contestar.

–¡Diez mil ducados por Angela! – dijo luego volviéndose á medias hacia Menárs, al mismo tiempo que daba á cortar el naipe.

–Estáis loco, – exclamó Menárs, que recobrando su calma, echaba de ver que el coronel estaba ya en desgracia y perdía cada vez más.

–¡Veinte mil ducados por Angela! – dijo el coronel en voz baja, suspendiendo un instante la talla como esperando la resolución del marido.

Este guardó silencio sin indignarse ya ni mucho menos.

El coronel siguió jugando y perdiendo.

Al comenzar otra talla, eligió una carta Menárs, diciendo al paño al coronel:

–Va.

Pero vino la contraria.

El perdidoso se hizo atrás bruscamente rechinando los dientes y mordiéndose la lengua desesperado.

El juego había concluido.

El coronel se acercó á Menárs y le dijo en voz irónica:

–Y bien, ¿qué vamos á hacer?

–¡Ah! – exclamó fuera de sí Menárs. – Me habéis reducido á la miseria, á la mendicidad; todo me lo habéis ganado; pero sería menester que estuvierais loco para figuraros que me podíais ganar también esta partida. ¿Dónde estamos? ¿Vivimos en un país salvaje, donde la mujer es una esclava? No, mi mujer no es una esclava entregada al capricho de un hombre que pueda jugarla y venderla así.

–¿Y si hubierais ganado la partida?

–¡Oh! entonces...

–Entonces me hubierais exigido, y era justo, los veinte mil ducados convenidos.

–Ciertamente .. pero no es lo mismo.

–Sois un mal caballero.

–En el juego... no hay más que jugadores.

–Sois un tramposo.

–¡Ira de Dios! – exclamó Menárs mordiéndose la lengua.

–Y un infame, – añadió el coronel, acabando de perder su sangre fría.

Menárs crispó las manos y se mordió ahora los puños.

–Pero exigís lo imposible, – dijo desesperado.

–¡Lo imposible! ¡Y sabéis que por vuestra vil conducta os odia la virtuosa Angela, unida á mí desde la niñez por el amor más puro! Pero tahur empedernido y astuto, me ganasteis la partida y ahora quiero recobrar mis pérdidas.

–En hora buena, – dijo Menárs tomando súbitamente una resolución. – Os espero en casa dentro de una hora.

–En buen hora, – contestó el coronel. – Pero os advierto, – añadió rechinando los dientes y estrechándole la mano hasta hacerle gemir, – os advierto que si me burláis, os mataré como á un perro en la calle, en el foro, en la iglesia.

Una hora después, se abrían al coronel todas las puertas de la casa de Menárs como por una mano invisible, y así llegó hasta el aposento de Angela.

Pero muy luego retrocedió espantado ante el espectáculo que se ofreció á su vista.

Angela yacía en el suelo muerta y Menárs se la indicaba en silencio con la punta de su puñal ensangrentado.

El coronel levantó las manos y los ojos al cielo, dió un prolongado y doloroso gemido y desapareció rápidamente, sin que se haya podido hasta ahora saber su paradero.

Luego que el desconocido hubo acabado su historia, se levantó del banco en que estaba sentado y se alejó de allí, sin que el barón, profundamente afectado, hubiera podido dirigirle una palabra.

Pocos días después, tuvo el desconocido un ataque de apoplejía fulminante, y á las dos horas había dejado de existir.

Por sus papeles se reconoció que este hombre, que había tomado el apellido de Beaudasson, no era sino el desgraciado Menárs.

El barón dió gracias á Dios, que le había enviado en el momento de acercarse al abismo aquel desconocido para que lo salvara contándole su desastrosa historia, y prometió resistir en adelante todas las fascinaciones del juego tentador.

Hasta el presente ha cumplido su palabra.

C. N.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

XIX

La Cierva-gentil era una doncella roja, lo más hermoso que podía darse.

Su hermosura estaba aumentada por los dibujos que la habían abierto en la piel.

Las tres plumas de águila que llevaba sobre la frente, eran menos ligeras, menos esbeltas que su talle.

La Cierva-gentil era el premio que reservaba su padre Anauhac jefe de la tribu de los matachets, al guerrero más valiente de la misma tribu.

La hermosa Cierva-gentil, que conocía sus altos destinos, era orgullosa, y grave y erguida como un cedro, y se sentaba con toda la prosopopeya de una emperatriz en la puerta de la casa de una madera labrada de su padre el viejo y feroz Anauhac, donde permanecía inmóvil sentada sobre una esterilla de palma labrada, recibiendo con molicie el aire de los abanicos de plumas de las jóvenes prisioneras de las tribus enemigas de la de los matachets.

Los niños, los jóvenes, los hombres y los ancianos, al pasar por delante de ella, inclinaban la cabeza sin mirarla, se ponían las manos sobre la cabeza y sobre el rostro, y pasaban.

¡Desgraciado del individuo de la tribu que al pasar por delante de la Cierva-gentil, no la hubiese rendido aquel homenaje de respeto, ó se hubiese atrevido á mirarla!

El hubiera sido una víctima del terrible dios Maluc, el monstruo de las siete cabezas, puesto sobre una ara de piedra en medio de las cabañas de los matachets.

La Cierva-gentil, era, pues, una verdadera reina.

XX

Y había un valle estrecho entre dos montañas.

Por medio del valle corría un río casi tan ancho como él, serpiente de agua que pasaba casi oculta entre las altas cortaduras, bajo toldos de lianas, orlado de una cabellera de bejucos, entre dos largos festones de plátanos.

El río era profundo, lento, terso, hasta el punto de parecer inmóvil como un canal.

Servía de camino á los indios, que en sus ligeras piraguas salían por el del valle á las vecinas praderas, y al mismo tiempo de línea divisoria á dos tribus enemigas.

A la derecha del río, sobre la vertiente de la montaña, se levantaban dentro de su empalizada de hayas, las cabañas de los matachets; á la izquierda, sobre otra vertiente, las de los anapas: en un tiempo habían estado reunidas estas tribus; pero el jefe de la una, el de los anapas, había robado su hermana al jefe de la otra, la de los matachets, y aunque después de aquel suceso habían pasado muchos años, hasta el punto de no existir ya viejos que conservaran de él memoria, las dos tribus guardaban aún su odio recíproco, aumentándose, en vez de disminuirse, de generación en generación.

XXI

¿Sabes que Europa, la grande Europa, – dijo Arria interrumpiendo al esqueleto, – comete un crimen en no llevar la civilización á esas regiones?

–Europa tiene bastante con sus asuntos propios, y no hará poco si logra civilizarse en vez de ir á civilizar á los demás. ¡Pues qué! ¿crees tú que en Europa, y en el siglo XIX, no existen barbaries? Vamos, ¿quieres que te busque en París, en la moderna Atenas, en el corazón de la civilización moderna, algunos cientos, y aun miles de salvajes, comparados con los cuales, son *unos señores* los apaches?

¿Y quieres que te demuestre las barbaries de nuestra Europa, no respecto al individuo, sino respecto á la sociedad?

¿No has visto en Londres una riña, un lance de *trom pis?* sin moverte de Madrid, ¿no has estado un lunes en los toros? ¿has estado alguna vez preso é incomunicado? ¿has sido pobre y te has visto obligado á vivir de tu trabajo? ¿no has escuchado silbar las balas de cañón por medio de las calles de las ciudades? ¿y por último, tan ciego eres que no has visto las barbaries encarnadas en nuestras costumbres, en nuestra civilización, en nuestro modo de ver y de sentir?

¡Civilizar las inmensas regiones del Nuevo-Mundo!

¡Llevar nuestras costumbres buenas ó malas, á aquellas inmensas soledades, defendidas por selvas interminables, practicables sólo para los animales feroces y para el indio tan feroz y salvaje como ellos!

¡Allí, donde inmensas distancias separan á los ríos; allí, donde se suceden las inconmensurables pampas de arena movediza; allí, donde un cielo irritado desploma fuego!

¿Qué administración bastaría para alimentar un ejército numeroso? sobre todo, ¿quién poblaría aquellas inmensidades hasta el punto de hacer imposible la existencia del indio, en el centro de un bosque, de una pradera, en las sinuosidades de un río?

Lo que allí ha podido entrar de la civilización moderna, ha entrado. El fusil y la pólvora.

XXII

Los anapas, pues, y los matachets, eran dos tribus enemigas, dos ramas desgajadas de un mismo tronco, ó por mejor decir, un tronco partido en dos y unido solo por raíces podridas.

Por el odio.

Por un odio inveterado, sostenido, cruel, que no se procuraba amenguar.

Un día, ó mejor, una noche, los anapas pasaban silenciosamente el río en sus largas piraguas; saltaban á la orilla contraria, atravesaban en silencio el valle y caían sobre los matachets.

El combate se entablaba poco después.

Siempre sucedía una de estas cosas:

O los anapas ó los matachets acometedores ó acometidos, se retiraban, llevándose prisioneros ó dejándolos.

Los primeros eran reducidos á la esclavitud, y los jefes sacrificados indistintamente, en una ú otra tribu, al mismo ídolo, al sangriento Maluc.

Se celebraba el festín de la victoria devorando en la plaza pública los vencedores á los vencidos sacrificados, y algunos cráneos más aparecían alrededor del altar del ídolo, y algunas cabelleras más se suspendían de las paredes de la sala del consejo de la tribu vencedora.

XXIII

Un día Miantucatuc se levantó de su estera de palma con la aurora, y con un deseo voraz de cazar zorras.

Cogió su carabina de dos cañones, se colgó á todo evento de la cintura su hacha y un par de pistolas, y salió solo de las chozas de los anapas, atravesó el valle y se metió en la espesa arboleda que orlaba las márgenes del río.

Pero por más que buscó, y anduvo y revolvió por la maleza, no encontró uno solo de los animales á quienes iba buscando.

Llegó á la margen del río por una estrecha garganta.

Iba por allí el agua mansa, encañonada, profunda, serena: un tiro de carabina era la distancia que separaba la una margen de la otra.

Miantucatuc fijó con deseo la mirada en la ribera opuesta.

Pero los indios son prudentes.

La ribera contraria le era enemiga.

El era el gran jefe de los anapas.

Pisar solo aquella tierra adversa era exponerse á dar un gran día de triunfo á los matachets.

Fig. 1.—Fachada de la fábrica de relojes de Waltham, en los Estados Unidos

Pero el deseo de cazar zorras era más fuerte en Miantucatuc que su prudencia.

Ató á la boca de su carabina su bolsa de municiones: suspendió del mismo modo sus pistolas, y se metió en el río y le atravesó nadando con un solo brazo y sosteniendo con el otro, fuera del agua, su carabina, sus pistolas y sus municiones.

En muy pocos segundos tomó tierra en la margen opuesta.

Apenas había salido del agua, cuando de entre la maleza saltó un animal.

Miantucatuc lanzó un grito salvaje de alegría, sonrió y sus ojos centellearon.

(Continuará)

Fig. 2.—Taller de recortes de piezas de la fábrica de Waltham

LAS FÁBRICAS DE RELOJERÍA AMERICANAS

Los antiguos medían el tiempo con relojes de sol, de arena y de agua (clepsidras). Consta que en el siglo XII existían en algunos conventos relojes movidos por ruedas, y en el siglo XIV en campanarios. La invención de los relojes de bolsillo se atribuye á un vecino de Nuremberga, llamado Pedro Hele, que vivió por el año 1500. El descubrimiento de la oscilación constante del péndulo por Galileo en el año 1595, fué propuesto por Gemma Frisius en 1530 para regularizador de los relojes movidos por pesas, y Huygens construyó en 1665 con buen éxito un reloj basado en este principio. En 1714 ofreció el parlamento inglés, á excitación de Newton, un premio de 30,000 libras esterlinas (750,000 pesetas) por un buen cronómetro, y en 1728 resolvió John Harrison el problema. Desde entonces se sucedieron los perfeccionamientos y tomó incremento la fabricación de relojes en Inglaterra y en el continente. Hasta que el francés Breguet coronó la serie con sus admirables inventos, había conservado Inglaterra una especie de privilegio en la fabricación de relojes exactos, ya de bolsillo, ya de pared y de sobremesa. En París se concentró hasta época reciente la fabricación de esta última clase de relojes que se distinguían por su elegancia y buen gusto; la industria de los de bolsillo se concentró en Suiza, en los cantones de Ginebra y de Neufchatel y en las comarcas más pobres del Jura, y la de los relojes movidos por pesas en la Selva Negra en Alemania.

El bello axioma del eminente patricio español, Alejandro Oliván: «Procurar que el trabajo prospere es la política grande de los gobiernos,» ha sido llevado en otros países á la práctica con solicitud constante, acaso sin haberlo formulado allí nadie; así es que hoy abundan fábricas de relojes de toda especie en varias ciudades de Francia, además de París, especialmente en el país de Besançon, como también en Alemania, en Berlín, Augsburgo, en Sajonia, Silesia y Turingia, y en Austria, en Viena, Praga y Gratz.

La fabricación de relojes, en su mayor parte de pared, en la Selva Negra se evalúa en 700,000 anuales, y la de los de bolsillo, en Suiza, en 800,000 á 900,000 que representan aproximadamente un valor de más de 34 millones de pesetas, con la particularidad de que las clases buenas compiten con los ingleses, y les son superiores tocante á la construcción.

El gran centro de la fabricación de relojes en Suiza está en la llamada aldea (pues en realidad es una brillante y opulenta ciudad) de La Chaux-de-Fonds, situada en el Jura, á 1,000 metros sobre el nivel del mar, en una región árida y tétrica. En este valle y en el de Lode existe la industria relojera hace más de dos siglos, gracias á un simple herrero llamado Juan Richard, que vivía en la aldea cercana de La Sagne. Este desmontó hace doscientos años, un reloj de bolsillo, rarísimos entonces, y lo volvió á montar. Sobre este modelo hizo un reloj nuevo; enseñó su arte á sus cinco hijos y fué así el fundador de esta grande industria en su país. En el cantón de Neufchatel se fabrican hoy anualmente unos 300,000 relojes de bolsillo, al precio medio de 700 pesetas la docena.

El pueblo de La Chaux-de-Fonds sólo constaba en tiempo de Juan Richard de 7 casas y hoy cuenta 19,930 habitantes.

Los activos y emprendedores norte-americanos, una vez concluída la guerra separatista, comprendieron la importancia de este poderoso y lucrativo ramo de industria y se apresuraron á introducirlo en su país con tanto éxito y buen acierto que conmovieron la fabricación suiza, la cual hizo desde entonces nuevos y grandes esfuerzos para luchar ventajosamente con la competencia americana.

La relojería americana, industria reciente en el país, puesto que no es anterior á 1852, ha conquistado en muy poco tiempo un lugar importante en los mercados comerciales del mundo entero, los cuales inunda con el producto de sus máquinas. Esto no parecerá nada extraño si se recorre la lista de las fábricas en que se trabajaba á fines de 1884, y que reproducimos á continuación, tomándola del *Almanaque de los relojeros*, de M. Charles Gros de Saint-Imier.

Waltham y C.ª, 1852; capital 1.500,000 duros (1); 2,800 obreros; 1,200 relojes diarios. Nashua y C.ª N. H., 1860; capital 30,000 duros (sólo existió algunos años). Elgin, Compañía Nacional, 1864; capital 1.000,000 de duros; 2,200 obreros; 1,200 relojes diarios: Tremont y C.ª, 1864; capital 15,000 duros (sólo existió cuatro años). Mariol y C.ª, N. J. de los Estados Unidos; 1865; capital 500,000 duros (subsistió hasta 1874). Newark y C.ª, N. J., 1865; capital 200,000 duros (sólo existió algunos años). Springfield y C.ª, Illinois, 1873; capital 250,000 duros; 1,100 obreros; 500 relojes diarios. Rockford y C.ª, 1874; capital 260,000 duros; 225 obreros; 100 relojes diarios. Springfield Hampden y C.ª, 1877; capital 200,000 duros; 430 obreros; 150 relojes diarios. Lancaster y C.ª, de Pensilvania, 1877; capital 250,000 duros; 300 obreros. Waterbury y C.ª, de Connecticut, 1880; capital 400,000 duros; 390 obreros; 400 relojes diarios. Howard Roxbury y C.ª, 1881; capital 250,000 duros; 100 obreros; 300 relojes al mes. Fredonia y C.ª, V. Y.; capital 150,000 duros; 110 obreros. Colombo y C.ª, 1882; capital 150,000 duros. Stevens y C.ª, 1882; capital 100,000 duros. Aurora y C.ª, 1883, capital 250,000 duros; 200 relojes diarios. New-Haven y C.ª, 1883; capital 100,000 duros. Seth Tomás y C.ª, 1883. Cheshire y C.ª, 1883. Manhattan y C.ª (2), 1884.

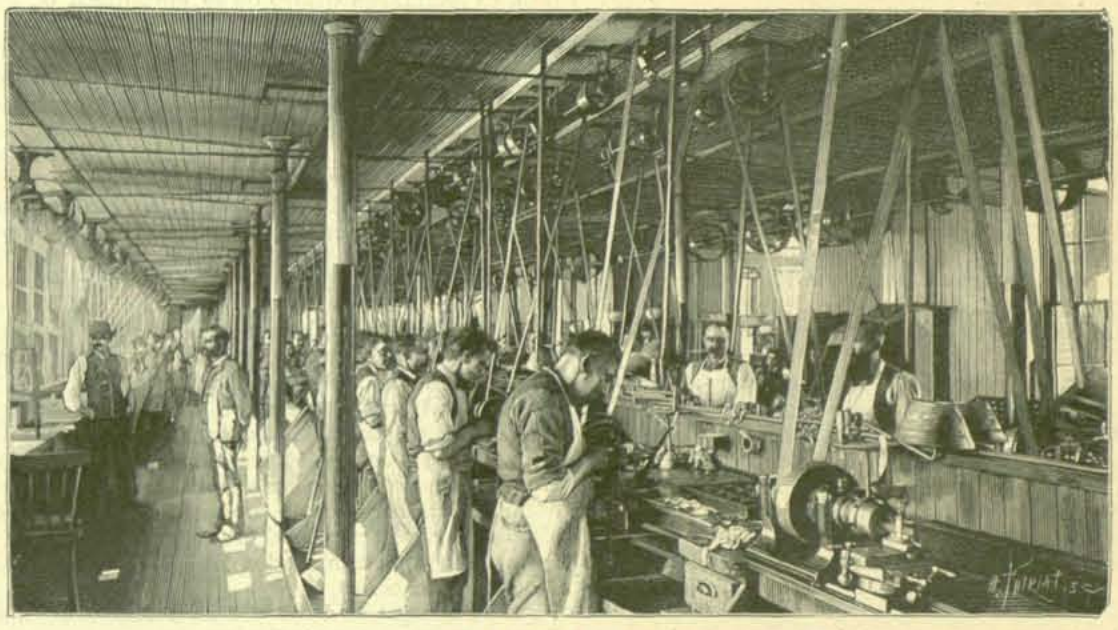


Fig. 3.—Taller de minuteros de la fábrica Waltham

La fábrica de Waltham, que elegiremos como tipo, fué fundada en 1852, Roxbury, por Aaron L. Dennison y Eward Howard; es la más importante de los Estados Unidos y del mundo entero; pero no se inauguró con buena suerte. Dos veces faltó el dinero, y al fin, la fábrica, que había costado 250,000 duros, se vendió en pública subasta, por 56,000, á M. Royal E. Robbins, que la trasladó á Waltham en 1857. Esta fábrica entregó el primer millón de relojes en veinticinco años; el segundo se terminó siete años después, en febrero de 1884; y el 24 de mayo de 1886 concluyóse el tercero, habiéndose rifado el 3.000,000° reloj á beneficio de la asociación de los contramaestres de fábrica.

La fachada de ese establecimiento mide 646 pies de longitud (fig. 1), y toda la fábrica ocupa cinco acres de terreno. 4,700 poleas, 10,600 pies de trasmisión y 39,000 pies de correas funcionan por medio de una poderosa máquina de vapor de fuerza de 125 caballos.

Para el alumbrado de la fábrica se emplean doscientas lámparas eléctricas y tres mil quinientos mecheros de gas.

Todas las piezas del reloj se fabrican en Waltham, excepto los resortes y las cajas de oro; estas últimas se construyen en Nueva York.

Para los tornillos se emplean treinta y cuatro máquinas automáticas, que dan de tres mil á cuatro mil cada día; y hay otra que corta á la vez cincuenta ruedas de escape.

En la fábrica hay veinticinco talleres distintos, los cuales tienen su director y se comunican, por medio del teléfono, con la oficina central. Las figuras 2, 3 y 4 representan otros tantos talleres.

La enormidad de las cifras que antes hemos apuntado debe causar asombro, y demuestra la extraordinaria extensión que las fábricas de relojería han alcanzado allende el Atlántico.

C. SAUNIER

(Artículo tomado del periódico: *La Nature*)

Fig. 4.—Taller de construcción de cajas de reloj de la fábrica Waltham

(1) El duro americano vale 5 pesetas y 18 céntimos.

(2) Algunas de las fábricas cuyo género de producción no se indica, ocúpanse, según creemos, en la industria de relojes de pesas y de torre.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN